

## SESENTA Y DOS AÑOS DE VIDA ACADEMICA

Dr. BENITO OLIVER RODES  
(Socio «Antiquior» de la Academia)

Excmo. Sr. Presidente.  
Dignísimas Autoridades.  
Representantes de Entidades y Corporaciones.  
Muy Ilustres Sres. Académicos.  
Sras., Sres.

Doscientos años de supervivencia de entidad tan intimamente ligada a la evolución científica, cultural y por lo tanto social de nuestra ciudad, como es la Real Academia de Medicina de Barcelona, constituyen motivo sobradamente justificado para que tan señalada efemérides sea dignamente conmemorada con la celebración de actos y sesiones programados para el año en curso, que entre otros aspectos informan tanto a los académicos que constituyen el elenco actual de la misma, como a los integrantes de las profesiones sanitarias, acerca de las características más notables que durante respetable período, se han producido en nuestra Corporación, afortunadamente encauzada por trayectorias de prestigio ascendente.

No por mis merecimientos, sino por

simples coincidencias matemáticas y biológicas me encuentro involuntariamente involucrado en la sesión de hoy para dirigiros la palabra.

La simple enumeración de fechas y fracciones cronológicas aclaran lo primero.

Son sesenta y dos los años de mi vinculación con esta Real Academia, en el transcurso de los cuales, he permanecido, en un primer período diecinueve años como Vicesecretario y siéndome confiada seguidamente la Tesorería durante los sucesivos veintisiete años. En total, son cincuenta y cuatro años de vivencia en la Junta de Gobierno de la misma. Por ineludible ordenación ocupó desde hace veintisiete años el número uno del escalafón cronológico, circunstancias que según parece pueden calificarse de excepcionales en la historia de las Reales Academias de España.

El factor biológico antes mencionado determinante de las circunstancias indicadas es una consecuencia directa de los avatares de la vida humana que por una parte son inheren-

tes a mi avanzada edad, pero por otra y es lo que más lamento, concierne a la desaparición de los sesenta y dos académicos numerarios que se incorporaron en esta Academia en fechas posteriores a la de mi ingreso, así como de otros en las categorías de honor, honorarios y corresponsales, cuyo número no me ha sido posible precisar.

Ello, determina, pues, una impresión profunda en mi reacción emocional en estos momentos, puesto que entre ellos contaba con maestros y compañeros de actividades profesionales, que bajo un denominador común, fueron también mis amigos.

En el panorama retrospectivo, que Dios me ha deparado la suerte de poder contemplar con perspectiva de grandes amplitudes, no puedo eludir ahora el deseo de mencionar a Casares Gil, a Soler y Batlle, a Casamada, a Brugués, entre los farmacéuticos. A Pi Suñer, Bartrina, Armangue, Roig y Raventós, entre los médicos. A Sabatés, veterinario, e incluso a familiares como Suñé y Medañ.

Carlyle, escribió: "los hombres deberían pasar la primera parte de su vida hablando con los muertos. La segunda, conversando con los vivos, y la tercera, recreándose con sus recuerdos".

Acogiéndome pues a este pensamiento y ante la evidencia de considerarme incluido en el último aserto, os ruego que queráis disculpar la forma expositiva quizás excesivamente personal con que han sido redactadas estas notas y os pido tolerancia su-

ficiente para aceptar la expansión sentimental propia de las circunstancias en que me encuentro y permitirme que os exponga ciertos recuerdos anecdóticos que directa o indirectamente se proyectan en la pervivencia y evolución de nuestra Academia.

El día veinticinco de noviembre del año 1908 ingresé en esta Corporación, siéndome concedida por el Presidente, Excmo. Sr. Dr. don Joaquín Bonet y Amigó la medalla número veintiuno correspondiente al sillón que quedó vacante por fallecimiento del Iltre. farmacéutico don Ramón Codina y Langlin.

Contaba pues entonces 28 años, siete años después de haber terminado el Doctorado en Farmacia.

Se ha dicho recientemente, que en las circunstancias actuales es posible llegar a ser Catedrático de Universidad a los 28 años, pero que sin embargo, es muy difícil en dichas condiciones, la posibilidad de acceso como académico numerario a cualquiera de las Reales Academias.

Me encuentro pues en el caso de considerar conveniente ahora la exposición de los motivos que hicieron posible la aparente incongruencia que de acuerdo con la mentalidad y criterio actuales significa haber ingresado como académico numerario un tanto prematuramente.

En efecto: durante el período universitario que oscilaba alrededor del año 1900, vivíamos en un ambiente de idealismo netamente romántico, precisamente cuando Barcelona a través de las pródigas y fecundas manifes-

taciones literarias, artísticas y científicas, se expansionaba decididamente hacia las directrices que la convertirían en gran ciudad.

La influencia del romanticismo, no solamente formaba parte integrante de los libros, de las salas de música y de los talleres de los pintores, sino que asimismo impregnaba las aulas de nuestra Universidad y las inquietudes estudiantiles motivadas por las preocupaciones derivadas de los métodos de enseñanza y por la proyección de nuestro futuro profesional, se plasmaron ya entonces en la constitución, al margen de la Universidad, de la "Associació Catalana d'estudiants" entre cuyos elementos más significados, se encontraban —para mencionar solamente dos ejemplos de puntos de vista opuestos, especialmente en la vertiente política— mis amigos Juan Ventosa y Calvell, arquetipo de actividades moderadas, y Juan Soler y Pla exponente de hombre con ideas extremistas. Con una diferencia: nuestra actuación tuvo una trascendencia limitada por cuanto a la consecución de objetivos se refiere. Mientras que en los tiempos actuales, quiérase o no, los denominados contestatarios han de ser ineludiblemente escuchados por las altas jerarquías universitarias y gubernativas.

Encontrándome pues recién emancipado de la Universidad y bajo el influjo de los estímulos de progreso que fundamentalmente se pretendían conseguir en la "Associació Catalana d'estudiants", me decidí por iniciar una trayectoria que ahora, sin lugar a dudas, podría calificarse de vanguardista.

Pero he de reconocer que sin la básica instrucción científico-profesional que me inculcó la acusada genialidad de mi maestro José Casares Gil, Catedrático entonces de Análisis Químico de la Facultad de Farmacia, tal vez hubiera seguido derroteros distintos a los que andando los tiempos me han conducido hasta aquí.

Casares, indudablemente pionero de lo que en estos últimos años está tan en boga y se considera indispensable para la formación profesional, la interrelación científica con países extranjeros, europeos especialmente, me animó a discurrir acerca de un fenómeno social entonces evidente, persuadiéndome de que la Física y la Química tan directamente implicadas en el contexto de las actividades del farmacéutico, no prestaban a la Medicina clínica de Barcelona la utilidad práctica que en Francia y en Alemania se había ya iniciado con una evidente consistencia irreversible de lo cual tuve las primeras noticias a través de los libros y revistas que Casares bondadosamente, puso en mis manos, recién regresado de Alemania.

Razón por la cual me decidí para incluir dentro del marco tradicional de mi incipiente oficina de farmacia, la instalación de un auténtico laboratorio de investigaciones de aplicación clínica, así como para las concernientes al análisis de aguas.

Ello ocurría a principios del año 1902 cuando el concepto de análisis clínico era vago y rudimentario y en las Facultades de Medicina y de Farmacia se proporcionaban al estudiante

conocimientos muy reducidos y elementales respecto a este particular. Por ello he de reconocer que en mis comienzos me fue difícil luchar con la manifiesta pasividad de algunos preponderantes profesionales de la Medicina al intentar sugerir con buenas razones que el análisis químico y micrográfico podría por sí mismo constituir un elemento de primer orden para el establecimiento de diagnósticos de pronósticos y de tratamientos bien conducidos.

No han de parecer exageradas estas personales consideraciones si recordamos que el docto de la Medicina de aquella época, ataviado con el indumento propio de la profesión, la respetable levita, motivaba con su solemne presencia ante el enfermo, una impresión de sabiduría y de confianza, que actuando a su vez a la inversa, determinaba en él una cierta rigidez Virchowiana cuando el diagnóstico se trataba. El "ojo clínico" era entonces consustancial con el empaque físico del médico del 1900.

No obstante, el origen de la práctica actual, extendida hasta límites insospechados de lo que inicié en Barcelona de manera preponderantemente autodidacta, procede precisamente del conocimiento de la composición química del más importante líquido de excreción del organismo humano en su estado normal y patológico, constituyendo éste un punto de partida notabilísimo del cual hemos de reconocer y de congratularnos de que la Medicina actual sea en este aspecto tributaria de los farmacéuticos y químicos de las

escuelas de Berzelius, Gmelin y Fiescher, los cuales establecieron la fase científica de métodos y de técnicas que actualmente sin variación fundamental se siguen todavía para la realización de algunas determinaciones analíticas aplicadas a la Medicina humana y veterinaria.

Téngase en cuenta que fue en la última década del siglo pasado cuando se habían introducido en la práctica médica, las recientes técnicas de los bacteriólogos formados en las escuelas clásicas de Pasteur y de Koch dieron a conocer y que las recientes noticias de nuevos descubrimientos llegaban con la resonancia propia de la novedad científica, causando en nuestro ánimo impactos seguramente más profundos de los que ahora las generaciones actuales encajan con naturalidad sorprendente propia del ritmo en que estamos ya quizá demasiado habituados. Hacía solamente cuatro años que Van Ermengen descubrió el *Clostridium botulinum* determinante de la gangrena gaseosa. Sólo uno que Shiga descubriera el bacilo disintérico. Faltaban todavía dos años para que Bordet describiera el cocobacilo causante de la tos ferina, cinco para que Schaudinn viera el treponema en un chancro sífilítico, nueve para que Ricketts observara cuerpos bacilares en la sangre de los enfermos de tifus exantemático. Y habían de transcurrir todavía seis años, para que el barón Von Wassermann publicara el primer trabajo acerca de su famosa reacción, que precisamente puso en práctica por primera vez en España nuestro insigne

académico Dr. Hermenegildo Arruga.

Pero, a pesar de las dificultades a que antes me he referido, circunstancias propicias en los primeros años de mi actividad profesional determinaron que significados elementos de la Medicina barcelonesa me proporcionaran la satisfacción de su confianza y el honor de su amistad con su presencia en el laboratorio de mi farmacia, interviniendo activamente en aquellas particularidades que tuve la oportunidad de iniciar, muy especialmente efectuando recuentos globulares sanguíneos, en la cámara de Zeiss que adquirí pocos meses después de su realización por el famoso hematólogo de la Universidad de Berna, profesor Sahli.

La integración de la Bioquímica en la clínica médica, cuyos fundamentos radican en la considerable obra de los pioneros Folin, Benedict y Abderhalden, formó ya un cuerpo de doctrina suficientemente definido para constituir lo que pocos años más tarde sería la especialidad médico-farmacéutica que por contracción gramatical se ha denominado "análisis clínicos".

En los albores del siglo xx las entidades exponentes de las actividades de los profesionales sanitarios, eran en la ciudad condal, la "Academia de Medicina de Barcelona" y la "Academia i Laboratori de Ciències mèdiques de Catalunya". La primera acogía en su seno, muy especialmente a los valores morales representativos de las directrices ponderadas. La segunda, en su aspecto dinámico, y activo, propugnaba por realizaciones prácticas inmediatas.

Y en la sesión pública inaugural del año 1903, se anunció según puede leerse en el acta correspondiente, lo que transcribo a continuación: "el cuadro de profesores que con desinteresado y patriótico concurso tendrán a su cargo las enseñanzas que se inician en el año académico que hoy se inaugura son: "Bacteriología", Sr. Turró, "Histología", Dr. Ferret y Dr. Pascual, "Análisis químico aplicado a la Clínica", Dr. Oliver Rodés".

Como consecuencia, aquella Academia me confió la organización y la instalación de un laboratorio y de una biblioteca adecuados a la finalidad propuesta, siendo inaugurados los cursos en el año 1904 continuando sucesivamente hasta el año 1916, en el cual se habían ya definido como especialistas de análisis químicos el doctor en Medicina Ricardo Moragas, y el doctor en Farmacia Esquerdo Rodoreda.

Las dos circunstancias que acabo de indicar fueron seguramente determinantes de que esta Academia de Medicina de Barcelona considerase que podía ser de utilidad para la misma mi actuación, proyectada en el campo de la medicina clínica, especialmente en la función docente. Aunque he de reconocer que un tercer factor fue decisivo en el momento de la selección inexcusable para cubrir la vacante producida en la Sección de Farmacología y Terapéutica: la benevolencia que para conmigo tuvieron los académicos y muy especialmente el ya mencionado Dr. Bonet Amigó, así como los doctores Puig Piquer, Suñé y

Molist, Carulla y Margenat, Oliver Aznar, Vallejo Lobón y el propio Casares Gil.

Siguiendo la línea expositiva que creo adecuada a las circunstancias que me han conducido a la sesión que estamos celebrando, lógicamente se deduce, que no sintiéndome capaz de hacer otra cosa que evocar recuerdos, me parece que puede ser de interés general, comentar ciertas particularidades de las gestiones de los Presidentes y Secretarios que durante mi permanencia han conducido —naturalmente con la colaboración de los demás miembros integrantes de las Juntas de Gobierno— a resultados evidentemente positivos la realidad de nuestra querida Corporación, sin que me proponga con ello trazar biografías completas de aquéllos, puesto que están ya adecuadamente plasmados en los correspondientes Anales en los que se reflejan tales aspectos expuestos en las reseñas necrológicas, y en las sesiones inaugurales o extraordinarias debidamente elaboradas por los académicos en cada caso indicados.

Don Joaquín Bonet y Amigó eficiente Catedrático de Obstetricia, que se significó, además, por su gestión sanitaria en términos generales, fue Presidente durante los tres bienios comprendidos entre los años 1904 y 1910 y en atención a su labor S. M. el Rey Don Alfonso XIII le otorgó el título de Barón de Bonet, así como fue nombrado Senador del Reino, cargo que desempeñó dignamente durante varios años.

Le sucedió en la Presidencia, en el

año 1910 el famoso cirujano don Miguel A. Fargas y Roca, quien con su capacidad de trabajo y su estilo personal actuó también con gran eficacia en la responsabilidad inherente a su cargo, aspecto que pude apreciar ya de cerca, puesto que durante su mandato, la Academia decidió honrarme con la designación de vicesecretario.

Asimismo, prócer de la Medicina Catalana, que fue don Valentín Carulla y Margenat comenzó las tareas propias de la Presidencia, en el año 1915, cuando ya era el característico profesor de Terapéutica y en los años sucesivos gracias a su actuación, médico-social fue también distinguido con el título de Marqués de Carulla y como perfectamente podemos ya recordar muchos de los que aquí nos encontramos, desempeñó con acierto y eficacia las ya difíciles responsabilidades que implican la Dirección de la Universidad, desde su máxima jerarquía como es el Rectorado, actividad que no solamente no interfirió su gestión académica, sino que por la misma razón, contribuyó al auge de nuestra Corporación.

No puedo dejar de señalar ahora mi agradecimiento por su gentileza de haber contestado en nombre de la Academia, mi discurso de ingreso.

El eminente clínico don Manuel Ribas y Perdigo sucedió al Marqués de Carulla en el año 1924, pero su gestión quedó limitada a poco menos de tres años ya que su fallecimiento ocurrió en abril del año 1927, no sin haber actuado asimismo también a plena satisfacción de la Academia.

Un período que puede considerarse

como de un marcado incremento de esta Entidad, se manifiesta durante la Presidencia de don Augusto Pi Suñer, el cual paralelamente al desempeño del profesorado de su Cátedra de Fisiología, de todos bien conocido, comunicó a nuestra Corporación un significado impulso para plasmar en realidades, las aspiraciones unánimes de expansión necesaria, puesto que el domicilio social en la calle de los Baños Nuevos era ya insuficiente en sus dimensiones y marco poco adecuado para el futuro desarrollo que se preveía y que mesurada y progresivamente tomaba evidente consistencia.

La asidua e incansable colaboración del profesor Enrique Soler y Batlle, con el que me unía una sincera amistad, contribuyó notablemente, por su condición de Rector de la Universidad, en aquellos años, a la posibilidad materializada de la integración de la Academia en este singular edificio, testimonio palpitante y vivo de las viejas glorias de la Medicina catalana.

Durante el dilatado período comprendido entre los años 1935 a 1948, el que fue primer profesor de Dermatología y Sifiliografía, nueva enseñanza especializada de la Facultad de Medicina, don Jaime Peyri Rocamora, vio truncada su gestión como Presidente por la ineludible paralización que determinaron los acontecimientos del período 1935 a 1939.

No obstante, venciendo comprensibles escollos, consiguientes a la situación del momento histórico, a Peyri Rocamora, le fue posible, con la colaboración de todos, reencauzar la tra-

yectoria de nuestra Corporación, por los caminos que la conducirían a la normalidad.

Don Federico Corominas Pedemonte fue asimismo fiel cumplidor de su cometido siendo digna de todo encomio su actuación para iniciar la reforma de esta vetusta casa que con tanto interés y acierto han continuado los actuales directivos.

Es también de destacar, su intervención personal cerca del Ministro de Educación Nacional y de las Autoridades Oficiales de Barcelona, para la consecución de facilidades tendentes a resolver los aspectos económicos inherentes a toda Corporación de categoría científico-social.

En abril del año 1957 falleció el doctor Corominas, y consiguientemente el día 19 de junio del mismo año, fue elegido para ocupar la vacante presidencial, el excelentísimo doctor profesor y maestro don Agustín Pedro y Pons.

Pero, señores, llegado a este punto, me detengo. Su acusada personalidad no necesita, por mi parte, glosa ni elogio. La capacidad polifacética de nuestro actual Presidente, sobrepasa los límites de la ciencia y se extiende a manifestaciones del arte y de la cultura. Su conjunto con indiscutible trascendencia se proyecta no solamente en la sociedad barcelonesa, sino que alcanzando horizontes más abiertos, repercute en el prestigio del ámbito nacional.

Por idénticas razones considero desfasado el intento de poner de relieve ahora, las excelentes cualidades de

nuestro actual Secretario, doctor Belarmino Rodríguez Arias, que por acuerdo general fue nombrado recientemente Secretario Perpetuo.

Su conocimiento profundo de todas las distintas vertientes en las que se apoya la evolución de nuestra Academia, constituye un voto de confianza para que prosiga su asidua e incansable labor en pro de la misma.

Y puesto a comentar las funciones propias de la Secretaría, tiendo, automáticamente a considerar, desde mi modesto punto de vista, las características más definidas de cada uno de los Secretarios cuya gestión he podido vivir desde hace —repito— sesenta y dos años.

El doctor Luis Suñé y Molist (mi padre político) iniciador con Botey en Barcelona, de la especialidad denominada otorrinolaringología, fue designado Secretario Perpetuo en el año 1887, cargo que ocupó hasta su fallecimiento, ocurrido en diciembre de 1914.

Fueron, pues, veintisiete años de labor continuada y por mi parte no tengo reparo alguno en poner de manifiesto su más característica influencia en los destinos de esta Academia. Su labor puede resumirse en pocas palabras: dedicación llevada al extremo, especialmente en la ordenación del archivo y biblioteca, con abnegación silenciosa y —puedo dar fe de ello— incluso en detrimento de sus intereses particulares.

Don Luis Comenge Ferrer, higienista y sociólogo le sucedió, pero de sus méritos y aptitudes no pudo beneficiar-

se la Academia por mucho tiempo, puesto que falleció en enero de 1916.

Don Wifredo Coroleu Borrás, tuvo a su cargo durante un largo período de treinta años la Secretaría. Dedicado con especial afán a los estudios de Psiquiatría y de Medicina Forense, cuyos conocimientos incorporó fructífera y paralelamente a las funciones específicas, a pesar de soportar también el bache producido por nuestra guerra civil.

De don Luis Suñé y Medán que fue designado Vicesecretario en el año 1927 y pasó a ocupar la Secretaría en 1947, podría decir en honor a la brevedad, que la característica predominante de su actuación en esta Casa, que se prolongó hasta el año 1963, fue la estricta fidelidad y disciplina con que llevó a cabo las tareas correspondientes a su misión, aunque con valiosas iniciativas desarrolladas con precisa elasticidad.

Puesto a dejarme llevar por lucubraciones propias del caso, diría que con un paralelismo en la metódica comparable al que frente a un pentagrama musical, sabía captar lo que por una parte debe atenerse a la exactitud de la partitura, y por otra a la relativa libertad interpretativa de su profundo sentido musical, de todos bien conocido.

Con estas breves notas, casi esquemáticas que no está de más el rememorarlas a todos, en fecha de excepcional relieve, pero en particular a cuantos formamos parte de esta convención académica, he deseado dar a entender con ello, que permanezcan



en nuestras mentes con merecida gratitud la trascendencia de las iniciativas, realizaciones y éxitos individuales y colectivos de los que nos precedieron en el período que abarca más de seis décadas, constituyendo las bases sólidas sobre las que se apoya el prestigio de nuestra Corporación para que el elenco actual pueda ser fiel continuador de tan respetables tradiciones.

Cuando se llega a niveles que rondan los noventa años y se vive con la impresión de que el pasado determina ineludiblemente un instintivo examen de conciencia, uno se pregunta: ¿qué es lo que yo he hecho de útil? ¿Dónde han quedado mis humanos errores?

Por lo que concierne al paralelismo de mi vida profesional y académica creo capaz de responder a esta concisa encuesta con un razonamiento consecuente: examinado con detalle, los enunciados y el contenido de los centenares de comunicaciones o trabajos aquí considerados, así como a la índole y categoría de las personas —académicos o invitados— autores de las mismas, podemos observar que progresivamente los temas tratados, exclusivamente o como incidencia involucrada en los mismos, incluyen cada vez con mayor frecuencia y naturalidad, consideraciones fundamentales en simples cifras o escuetos parámetros estadísticos, los datos resultantes de las investigaciones analíticas que por su ya indiscutible utilidad, son inseparables de la evolución de las ciencias médicas.

Y entonces me apercibo de que a

pesar de las facetas negativas en que pueda haber incurrido, hay por lo menos una de valor positivo; el minúsculo grano de arena que aporté en los primeros tiempos de mi actuación, consistente en haber contribuido a estimular, con mi esfuerzo, el progreso de las profesiones sanitarias de nuestro país, del cual he de reconocer que especialmente en los últimos años y por lo que a mí me incumbe ha alcanzado dimensiones tales que en ciertos aspectos mi intelecto difícilmente puede abarcar la compleja tecnología en que se fundamenta.

No obstante, a este respecto deseo referirme a una anécdota cuya consecuencia corrobora el valor intrínseco de algunos de nuestros predecesores.

Al efectuar recientemente, entre otras, las determinaciones cuantitativas del Sodio y el Potasio, por el método de fotometría de llama, de un agua mineromedicinal, que por su naturaleza hidrogeológica hemos de suponer que no sufre variación alguna en su composición química, se encontraron resultados numéricos con variaciones que merecen el calificativo de insignificantes, al compararlas con los obtenidos por nosotros hace cincuenta años mediante el único método de que disponíamos: el gravimétrico.

La diferencia estriba en que entonces, lograr correctos resultados implicaba un minucioso trabajo muy personal de repeticiones y comprobaciones que nos suponía un tiempo que puede contarse por semanas, mientras que actualmente, un técnico que conozca el montaje del instrumento de trabajo an-

tes indicado, puede conseguir el mismo resultado, como quien dice: "en diez minutos".

Me he permitido citar este ejemplo, precisamente porque actualmente se utiliza el procedimiento indicado para la realización del denominado yonograma que incluye el conocimiento de las posibles variaciones del contenido normal de dichos cationes en la sangre.

Para terminar, quiero hacer constar ahora, mis fervientes votos, para la pervivencia de esta Real Academia, y a todos sus componentes desar-

les que puedan alcanzar la posibilidad de continuar asistiendo a las sesiones y actos de la misma, con su activa y prolongada vida.

Por mi parte, mientras mi ánimo no decaiga, procuraré conducirme así, al propio tiempo que naturalmente, hago extensiva esta alusión a la Real Academia de Farmacia de Barcelona, ubicada también en este revalorizado recinto del antiguo Hospital de la Santa Cruz, a la cual tengo asimismo el honor de pertenecer.

He dicho.